

fué en esta discusión donde más claramente demostró los sentimientos de toda clase que animaban al bajo clero.

Como en este punto es necesario juzgar con desapasionado y justo criterio, la obra de la Asamblea nacional, dejaremos que Martín hable por nosotros.

«Robespierre, que no tenía aún gran renombre ni grande influencia, pero que iba, en general, al fondo de las cuestiones, pidió la elección de los «oficiales eclesiásticos» por el pueblo. Con esto, no hacía más que expresar, de una manera precisa, el sentimiento de la mayoría. Los curas eran para la Asamblea oficiales públicos, funcionarios sociales. Así entendía reformar la Iglesia, como siendo una parte de la administración nacional, por lo que decretó que en lugar de esas diócesis y de esas parroquias que tan monstruosas eran por su desigualdad lo mismo en extensión territorial que en población, hubiese un obispo por departamento y una parroquia por municipio; y que los obispos y los curas fueran elegidos por el pueblo.

»A esto es á lo que se dió el nombre de *Constitución civil del clero*. A su adopción siguió un decreto ordenando la alienación total de los bienes nacionales.—25 de Junio de 1790.

»Hasta entonces,—es decir, desde que estaba en París,—el rey había sancionado y promulgado pasivamente todos los decretos de la Asamblea. Este, más que todos los otros, turbaba profundamente su conciencia. Ese cambio en las costumbres y disciplina eclesiásticas le espantaba, y aún cuando no tocaba á las creencias, le parecía subversivo de la religión. Así escribió secretamente al papa Pío VI una carta llena de angustia, pidiéndole su decisión

y el envío de una bula sobre este importante asunto.

»Si Francia hubiese en realidad continuado todavía en masa adherida al antiguo galicanismo católico, la constitución civil del clero, que tantos abusos escandalosos suprimía, hubiese sido una reforma tan natural como lógica, realizando lo que se dejó de hacer por culpa de los concilios del siglo XV; pero las ideas y las creencias habían cambiado, y los discípulos de Voltaire, de Rousseau, de la Enciclopedia, que llenaban la Asamblea y que dirigían á Francia y no podían ser los reformadores del catolicismo, por lo mismo que no eran católicos. Sus adversarios tenían en este punto razón. En el estado á que habían llegado las opiniones en materia de religión, no había más que una cosa á hacer: separar la Iglesia del Estado, es decir, poner fuera del gobierno todo lo relativo á los cultos.

»Mas los espíritus no estaban preparados para esta solución, que deseaban algunos filósofos y hombres políticos, Condorcet, Lafayette, el mismo Mirabeau en el fondo, y algunos periodistas parisenses. Después de ochenta años aún no se ha podido zanjar esta cuestión. Así se marchó de conflicto en conflicto á desgracias que la Asamblea constituyente no pudo ni prever ni evitar.

»Robespierre propuso además un medio atrevido para conseguir la adhesión del bajo clero de una manera definitiva, á la revolución y á la patria, al pedir que los sacerdotes libres pudieran casarse,—10 de Mayo de 1790.—La Asamblea no quiso tocar esta cuestión gravísima, pues no vió, que dado el camino por donde había tomado, era darse una probabilidad de triunfar de la resistencia del clero, y no la invención de una dificultad más, como todo el mundo creyó.»



361



## CAPITULO VI

### LA FEDERACIÓN

Carácter del movimiento federativo.—Situación de Mounier.—Imprudencia de intentar la contra revolución en el Delfinado.—El conde de Artois en Saboya.—Manejos reaccionarios.—Si los apoyaba ó no la corte.—Opinión Sybel.—Naturaleza de la conspiración de la corte.—Conspiración Mounier.—Su rápido desenlace.—Sus resultados: Federación de l'Etoile: juramento de los federados: 29 de Noviembre de 1789.—Federación de Montelimart.—Federación de Valence: 31 de Enero de 1790.—Federaciones militares.—Federación de Metz de 4 de Mayo: jura también Bouillé.—Consternación de la corte.—Federación de Lyon.—La señora de Roland.—Piden las provincias la federación nacional.—Bailly señala el 14 de Julio.—Federación de los enemigos de la revolución.—El comité austriaco.—El 3 de Julio de 1790: entrevista de la reina y Mirabeau.—La traición de Mirabeau.—Discusión.—Rómpanse las relaciones de Mirabeau con la corte.—Por qué razón.—La cuestión de la bandera.—Aprueba la Asamblea el programa de Bailly para la federación de París.—Reúnense en París veintiseis mil hombres armados de todas partes de Francia.—Resultados del viaje de estas fuerzas á París.—Quiénes eran los que se federaban.—Trabajos en el campo de Marte para la fiesta: su carácter y grandiosidad.—París entero acude á los trabajos.—Por qué.—Carácter de ese movimiento.—Relación de la *Gaceta nacional*.—Acuden á los trabajos los pueblos de los alrededores de París.—La canción patriota: el *ca ira*.—Sus orígenes.—Visita el rey los trabajos del campo de Marte.—Carácter monárquico de la federación de París.—Los guardias nacionales en el palacio real.—Actitud de la prensa republicana.—La fiesta de la federación.—Lafayette en la Asamblea nacional.—Cómo fueron recibidos por ella los guardias nacionales.—Discursos de Lafayette y del presidente.—Los extranjeros en la fiesta de la federación.—El prusiano Cloutz y la señora de Beauharnais.—La prisión por deudas.



HEMOS dicho que los insurrectos de Montauban esperaron en vano el socorro de los tolosanos, y que en lugar de éstos llegaron los guardias nacionales de Burdeos en ayuda de los patriotas. Unos y otros esperaban dichos auxilios en virtud de los pactos federativos que las ciudades habían celebrado entre sí, y nada más tenemos que añadir á lo que ya queda dicho sobre el carácter y origen de esos pactos federativos que no tenían más fin que el de auxiliarse los patriotas mutuamente contra la reacción. El movimiento federativo tomó, sin embargo, un impulso más claro y significativo después de la que hemos llamado deserción de Mounier.

Mounier, como queda indicado en su lugar, se retiró á su provincia, al Delfinado, con la ilusión de sublevarla contra la Asamblea nacional, creyendo que su popularidad, de la que no se supo dar cuenta, era hija del ascendiente personal que había tomado sobre sus ciudadanos, cuando no la debía más que á la causa que defendía y por un momento llegó á representar delante de Francia. Mounier, sin Barnave, sin los patriotas era impotente para nada grande, ni patriótico, y sobre todo en el Delfinado, que si podía estar orgullosa del sabio Mounier, no podía estar descontenta del elocuente rival de Mirabeau. Además, todo movimiento insurreccional en el Delfinado se hacía desde luego odioso por

lo mismo que esta provincia limítrofe de Saboya estaba en contacto con el foco principal de la conspiración extranjera, pues en Saboya residía el conde de Artois al lado de su suegro y desde allí salían los emisarios que agitaban á Francia en todos sentidos, y es por cierto curiosa la manera como Sybel quiere dar á entender que la corte no aprobaba lo que hacía el conde de Artois.

Dice, que si la corte estaba en relaciones con Artois «en correspondencia activa,» era sólo para conocer sus planes que la reina, sin cuyo consejo nada hacía el rey, distaba mucho de aprobar. ¿Por qué?—«Porque de una parte tenía los peligros á que expondría á la familia real un ataque de los emigrados; de otra temía por su propia cuenta el triunfo de su causa, desde el momento en que Calonne era bien recibido por el conde de Artois.» Luégo resulta que no hay más que desvanecer estos temores ó recelos de la reina, convencerla de que la familia real no correrá peligro alguno, y que Calonne no le quiere mal, para que la conspiración de la corte estalle protegida ó aprobada por los reyes.

Artois no sólo se proponía arrancar á sus parientes de la prisión moral en que estaban por medio de los emigrados, sino que trabajaba para la intervención extranjera, y pronto veremos á qué estado de cosas debió Francia no haber visto ya por este tiempo de que hablamos, á los emigrados al frente de la intervención extranjera. Como esto que pedía y solicitaba Artois por conducto de su padre político,—que por dicho motivo no le hacía caso,—era notorio y evidente, los patriotas tenían motivos para estar alarmados y para alarmarse á la primera señal de insurrección. Así al iniciar Mounier el movimiento insurreccional en el Delfinado, se creyó ya ver á los italianos ó piamonteses atravesar la frontera francesa por Saboya, y á esta preocupación ó temor se debió el rápido desenlace de la conspiración Mounier.

La protesta que su triste obra arrancó á varias villas y pueblos del Delfinado y Vivarais, dió lugar á la federación de los guardias nacionales de los mismos, y la ceremonia tuvo lugar en la llanura de la Estrella á orillas del Ródano y no lejos de Valence, en donde levantaron un altar para recibir el juramento. Y juraron los guardias nacionales «abjurar toda distinción entre las provincias,»—esto comenta lo que hemos dicho acerca del carácter de ese movimiento federativo,—«consagrar á la patria y á la Asamblea nacional sus bienes y sus vidas, y en fin, allí se juró acudir al socorro de París ó de cualquiera otra ciudad que corriese peligro por la causa de la libertad.»—29 Noviembre de 1789.

Quince días más tarde renovóse esta federación que se amplió al bajo Languedoc y á la Provenza, y esto á pesar de la resuelta oposición de la municipalidad de Grenoble, que estaba de parte de Mounier. Esta fué la federación de Montelimart, en donde después de repetirse el juramento de Valence se juró mantener contra quien quiera que fuera el libre transporte de los granos por todo el Ródano.

Pero no fué esta la última federación de las provincias del Sudoeste. El 31 de Enero de 1790 se reunieron de nuevo en Valence diez mil guardias nacionales que representaban varios centenares de miles, y allí, rodilla en tierra, prestaron el *juramento francés* delante de treinta mil espectadores que juraron con ellos.

Largo espacio necesitaríamos para reseñar con la misma brevedad que hemos empleado hasta aquí, las federaciones de las otras provincias y ciudades. Baste decir que durante todo el primer semestre de 1790 las federaciones se fueron sucediendo unas tras otras, lo mismo en Alsacia que en la Bretaña.

Debía, naturalmente, la reunión de tan grandes multitudes armadas almar á los hombres timoratos que no podían dejar de ver en ellas un inmenso peligro para aquello mismo que juraban, pues ¿á dónde iría á parar la constitución, la dinastía y la corte si aquellos centenares de miles de fusiles que juraban dispararse por la libertad marchaban contra las Tullerías? Pero todavía había algo más grave, para dichos hombres, y en realidad lo era que esa reunión de guardias nacionales, á saber, la federación de los regimientos que habían quedado en pié y en los que fundaba su esperanza la nación.

Ya hemos dicho que se había pensado en trasladar á Metz al rey y ponerlo bajo el amparo del cuerpo de tropas mandado por el general marqués de Bouillé, júzguese, pues, de la sorpresa de la corte al saber que Metz quería celebrar su fiesta de la federación el 4 de Mayo, y júzguese del estado de su ánimo al escribir al marqués que jurara como las demás autoridades porque el enérgico general estaba resuelto á arrostrar todos los compromisos de su negativa.

La grandiosidad de estos actos que llegó á su máximo en la federación de Lyon en donde se reunieron 50.000 guardias nacionales y de cuya fiesta —30 de Mayo,—dió al día siguiente una mujer que se llamaba la señora de Roland elocuente y entusiasta relación, había inspirado por todas partes el deseo de una federación nacional que, naturalmente, no podía celebrarse mas que en París. Bur-

deos y la Bretaña acabaron por pedirla, y Bailly accedió á ello acordándose que se celebraría el 14 de Julio, es decir, el aniversario de la toma de la Bastilla.

Otra federación de muy distinta índole se había celebrado en esos mismos días de que hablamos entre una mujer y un hombre. La mujer era la reina de Francia, el hombre era un diputado del Tercer estado, el conde de Mirabeau. Punto de la federación el parque de Saint-Cloud, de noche, á escondidas, no á la luz del sol y gritando como las federaciones de las ciudades de Francia.

Cuando el lápiz y el buril dan cuenta de la entrevista de María Antonieta con Mirabeau preparada por el comité austriaco, por la Mark, el embajador de Austria conde de Mercy, verdadero mentor de la reina, el barón Flachslander y el diplomático barón de Thugut, la asociación de ideas nos lleva al Trianon y á la entrevista real ó supuesta de la reina con el cardenal de Rohan. De esta ya lo hemos dicho no puede haber más que una presunción de certitud, pero no hemos de negar que la de Saint-Cloud la justifica de una manera terrible. El gusto de María Antonieta por lo novelesco, lo explica todo. La entrevista se celebró el 3 de Julio de 1790 y fué una exigencia de Mirabeau.

Mirabeau tenía razón al pretender una explicación con la reina. Habíase convencido de que ésta era la que mandaba y disponía por sí ó por su camarilla, y Mirabeau no quería ya concertarse sino con quien mandaba. Claro está que hubo de prometerle María Antonieta no escuchar otros consejos que los suyos, y los que le dió Mirabeau han llegado hasta nosotros, pues las copias de las minutas que le pasaba las legó al morir Mirabeau al conde de La Mark y en 1851 las publicó su legatario universal. Concluir por estas notas á la traición del conde de Mirabeau, no es posible. Con otro temperamento Mirabeau no hubiese hecho más que Mounier, y talvez aún menos, Pero su sangre le obligaba á permanecer en el campo de batalla y en él procuraba defenderse á toda costa. Mirabeau quería ser el árbitro de Francia, el esposo político de María Antonieta, el Mazarino de la reina de Francia como ha dicho un gran escritor, y á cada paso que daba la Asamblea nacional, enterada sin duda por los que se creían postergados en la corte, creaba un obstáculo al conde que á duras penas podía vencer. Tanta resistencia fatigaba su alma y su cuerpo más de lo que él se imaginaba y al correr tras de su sueño de poder lo que hacía era correr tras de la tumba. Por otra parte, Mirabeau, ya lo hemos visto, no fué jamás un ultra revo-

lucionario, fué por su desgracia un conservador con temperamento de demagogo, y esto era lo que le hacía aparecer traidor y desleal á todos los partidos. No pudiendo, pues, huir como Bergasse y Mounier, no pudiendo callar como Sieyes, teniendo necesidad por su carácter de estar en la brecha, las condiciones personales resultaban, pues, ser sus más terribles enemigos, y tanto lo eran, que el pacto entre María Antonieta y Mirabeau no duró ni un día, porque no guardando el conde miramientos ni reservas en nada, no se podían sufrir en la corte sus notas imperiosas siempre y más de una vez amenazadoras.

Vino, pues, el rompimiento muy pronto y este se hizo público de una manera estruendosa, como le gustaba á Mirabeau, que creía siempre que lo que no podía lograr con sus buenas mañas lo conseguiría por el terror.

Sucedió, pues, que hubo de tratarse á propósito del armamento de la escuadra de la bandera que debían arbolar los buques, dado que de hecho existía la bandera tricolor, y los buques de guerra llevaban siempre la blanca flor de lisada, pues bien, el conde no sólo se opuso á la bandera blanca, sino que arrastró á la Asamblea á decretar que se sustituyera el grito de «¡Viva el rey!» con que la saludaban los marineros, con el de «¡Viva la ley!» Desde este momento la ruptura fué definitiva y lo que es María Antonieta no quiso ya en lo sucesivo ni oír hablar del fogoso tribuno.

Ibase pues á celebrar la fiesta de la federación nacional en los días de la luna de miel de la reina con Mirabeau para salvar la monarquía, es decir, que cuando Francia entera iba á reunirse en París para jurar defenderse de la reacción á toda costa, la corte y el mismo Mirabeau creían poder contener la marea que iba subiendo desde el fondo de la sociedad francesa.

Decidida la fiesta, Bailly y la Comuna señalaron para ella el primer aniversario de la toma de la Bastilla, acordando llamar para celebrarla á todos los departamentos á quienes se pedía que enviaran á la capital una diputación de su guardia nacional; la Asamblea aprobó lo acordado por la Comuna de París, y desde este momento toda la actividad de Francia se concentró en los preparativos de la fiesta de la Federación.

Según lo acordado por la Asamblea, cada departamento debía enviar un diputado acompañado de doscientos hombres, á la sazón se contaban en Francia, tres millones de hombres armados, de modo que la Asamblea llamaba á París nada menos